Ideas
El escepticismo y la vida
Ramiro Ledesma

La muerte de un hombre, lo suficientemente ilustre para que en el transcurso de su paso por la tierra los contemporáneos hayan sabido de él, adquiere a veces significaciones tan impropias que a los espíritus ecuánimes, lejos siempre de fugacidades de flecha, más bien atentos a la pulsación precisa de toda clase de valores, no puede arrancar sino una sonrisa débil.

Eso de que muera un gran hombre de letras, y durante un mes en periódicos y revistas el pensamiento universal, interrumpiendo rutas ya trazadas, dedique al genio que se fue una atención o un examen crítico tan ampuloso como anacrónico me parece una de tantas puerilidades como irrumpen en el campo del espíritu, rompiendo las murallas que separan a éste de la vulgaridad beocia. Y no significan estas palabras ni un ataque mínimo al respeto y consideración póstumos que se debe a las grandes personalidades. Lo que es improcedente son los juicios críticos y los comentarios, llamémolos técnicos, que los hombres de ideas dedican al muerto, unos pocos minutos después que el telégrafo comunicó la noticia de ese fallecimiento deplorable.

Muy bien los datos biográficos, anécdotas curiosas, semblanzas físicas, circunstancias que rodearon diversas fechas, y demás notas interesantes que el ojo experto del periodista cuida muy bien de no dejar en el tintero. Pero ¡esos juicios críticos tomados al vuelo en las atmósferas rodeadas de niebla que formó el aire de lecturas anteriores, uniendo a la mezcolanza la impresión de la noticia funesta, nunca! Las cúspides del arte, las cimas de la idea no admiten que en su nombre se compongan artículos de necrología. Son cosas delicadas que es mejor dejar para después, cuanto la razón y la serenidad se impongan y cuando una segunda lectura, hecha muy en silencio, fortifique las ideas que salieron al contacto con las obras del Hombre llorado.

No necesito decir que estas líneas las escribo ante el espectáculo que la muerte del gran escritor Anatole France ha ofrecido al mundo del pensamiento. France ha sido calificado por unanimidad como un escéptico exquisito. Yo creo que es el escéptico por excelencia, esto es, el hombre a quien con más propiedad se le puede llamar escéptico. No crea el lector que voy a caer yo ahora en el defecto que termino de señalar, emprendiendo la crítica o señalando matices de la obra y el carácter de France. Lo que si voy a hacer a continuación, como tributo al Hombre llorado, es hablar un poco del escepticismo.

* * *

Indudablemente, el primer problema que una sensibilidad ha de resolver es el trazado general de su actitud en presencia de la vida. Los vocablos *si*, *no* y *la duda* se adhieren a nosotros sin darnos cuenta de ello, diríase que sin preceder noticia alguna de su significación. Son voces de significado ingénito en el hombre, como si justamente con el soplo inicial de *ser* formasen la materia creadora de vidas racionales. Podemos casi asegurar que la influencia de tales vocablos en las acciones de los seres vivos se manifiesta dentro de todas las categorías del intelecto. Y también, sin que nos interese mucho, apreciamos tal influencia incluso en los seres puramente animales, sin bien en éstos obedezca a lo que hemos dado en llamar instinto.

Y es imposible que exista una sensibilidad sin que, en presencia de un espectáculo cualquiera, experimente como un deseo de manifestar el resultado de la lucha que ese espectáculo mantuvo con lo que podemos llamar “su fibra íntima”. Hay, sin embargo, una parte mínima de individuos que aunque se esforzasen por representar con los vocablos *sí*, *no* o *la duda* el resultado del choque con la visión externa no conseguirían hacerlo con propiedad. Son los que se acostumbran a encogerse de hombros o a adoptar más bien un gesto vago que nada indica, que nada puede indicar porque en su creación no intervino el pensamiento. Al fracasar estas sensibilidades, casi inexistentes, en el afán de incluirse en uno de los tres vocablos esenciales, surge como un instinto que las hace adoptar la

afirmación, y consecuencia de ésta, lo que es aún más grave la *admiración*. A todas horas vemos cómo el instinto a afirmar y a admirar —lo que nos rodea, claro; por otro nombre, la vida— se desarrolla más prolífico en los intelectos anulados que en aquellos donde la energía sensitiva es mayor. Ese instinto mediocre a afirmar es el que surge en presencia de *algo* que no se entiende. Un amigo mío, bastante pobre hombre, relatándome no sé qué conversación tenida con otro, terminó a modo de comentario: Cómo no le comprendí nada, dije que sí a todo.

Es muy general por esos mundos confundir al escéptico con el pesimista, o si no confundir se señalan familiaridades que están muy lejos de tener. A esos tres vocablos, que hemos admitido como ingénitos a todos los seres sensibles, corresponden igual número de calificaciones humanas. Decimos hombre satisfecho al que afirma y admira; hombre pesimista al que niega y tiene la rebeldía por norma; y hombre escéptico aquel que ve *algo* en la vida, lo acepta sin gestos admirativos, mejor, dudando y hasta recriminándolo porque no lo considera representante de la verdad que él anhela.

La vida es un espectáculo de diversos matices. Cada uno de ellos ofrece al hombre situación para adoptar uno de los tres vocablos antedichos. Pero el grande hombre, aquel que posee suficiente fuerza de visión para unir esos diversos matices de la vida con líneas rectas que se juntan en un vértice, no adopta un gesto distinto para cada matiz vital, sino que de ese vértice, cúspide de opiniones, obtiene su actitud frente a la totalidad del espectáculo.

Hay un momento en el que el satisfecho y el escéptico siguen rutas en cierto modo paralelas. Ambos se mueven en un mismo horizonte. No hay más diferencia que el escéptico ve detrás de ese horizonte otro mundo mejor Y que el satisfecho ve en ese mismo lugar sombra y caos. Los resultados parecen ser *realmente* iguales. *Realmente*, quizá lo sean. Pero al escéptico le queda el presente de indicativo del verbo compadecer. Le queda también la sonrisa. Le queda también la piedad, una piedad forzosamente insincera. Por si acaso, desconfiamos de la piedad de los escépticos.

El escepticismo, como filosofía, me parece de lo más peligroso, precisamente por las mil y una adulteraciones a que se presta. El gesto del escepticismo, como todos los gestos, es sumamente fácil de adoptar. Lo que es más difícil es saber por qué se adopta. El escéptico para serlo con la amplia significación de la palabra, esto es, con la que le ha dado Anatole France, ha de merecer el título de grande hombre. No se permite, no se debe permitir, ser escépticos a las medianías.

¿Y el pesimista? A todas estas reflexiones habrá asistido con miradas repulsivas. Este no compadece, desprecia. No sonríe, castiga. Realmente, no es nada. Idealmente se cree por cima de todo los demás. Delira y sueña. Yo lo llamaría un escéptico trágico. No otra cosa que tragedia es su vida toda, tragedia que le impide ver lo hermoso de una aurora, lo dulce de una caricia, y hasta, descendiendo a otro terreno, lo que pueda haber de agradable en las campiñas de Venus. En mi próximo libro, Anafrodisia, trato de describir un pensamiento de esta clase.

Hemos trazado las siluetas del escéptico con miras a Anatole France, me parece el de France, el verdadero escepticismo, aunque en toda su pureza no concuerde con el significado anterior de la palabra. Víctor Hugo contestó a los que decían que Mirabeau no era un gran orador, Ya que no seguía los preceptos ciceronianos, que no los adoptaba porque Mirabeau era más grande orador que Cicerón. Apliquemos esto a Anatole France y a su escepticismo.

[Inédito firmado por “R. Ledesma Ramos”. Original sin fecha]